

RAMOS OLIVEIRA, Antonio:

Historia de España (T. III: IIª República y Guerra Civil). México, 1954.

* * *

Trabajo Tema 8: España en el primer tercio del siglo XX

* * *

a. EL AUTOR

(Zalamea la Real, 1907 - México, 1975) Ensayista, periodista y diplomático español. En su faceta de pensador, se dio a conocer en 1935 con la publicación de *El capitalismo español al desnudo*. Durante la Guerra Civil Española (1936-1939), ejerció funciones de agregado de prensa en la embajada de España en Londres y acabó por tomar el camino del exilio, una vez concluida la contienda, con destino a México, en donde se instaló de forma definitiva y residió hasta el fin de sus días. Dedicado al análisis de las principales corrientes ideológicas y económicas, publicó *A People's History of Germany* (1942), *Politics, Economics and Men of Modern Spain* (1946) e *Historia de España*, un ambicioso proyecto en tres volúmenes que vio la luz en México en 1954. Cada vez más consolidado como una de las figuras más relevantes del análisis de la historia contemporánea, desde 1951 asumió la dirección de la prestigiosa *Revista de Historia de América*, editada en México. A los cuatro años de su desaparición, apareció en España uno de los textos más representativos del pensamiento de este autor, titulado *Nosotros los marxistas* (1979).

b. ACTIVIDADES.

1. ¿Qué grandes problemas hubo de afrontar Alfonso XIII para que se produjera el advenimiento de la IIª República? Aún así, ésta tuvo, según nuestro autor, tres “amenazas”, ¿cuáles fueron?
2. ¿Cómo define Ramos Oliveira a D. Niceto Alcalá Zamora?
3. Señala brevemente en qué consistieron la reforma del ejército, la reforma agraria y la cuestión eclesiástica.
4. Enumera las etapas de la IIª República, indicando qué fuerza política gobernó en cada una de ellas.
5. ¿Cuál es la visión del autor del Bienio Conservador?
6. ¿Qué personajes dijeron estas frases?
 - a. *“Su público, en el secreto de que de lo que se trataba era de abolir la República sigilosamente, le seguía; pero la República, en ese secreto también, no se dejaría abolir, aunque se hubiera dejado reformar.”*
 - b. *“los falangistas prometían a España un régimen aconsejado por el resentimiento y dirigido por la peor especie de reaccionario: el señorito voluntarioso, ignorante y cruel”*
 - c. *“no tenía madera de traidor, y aunque persona de poca reflexión, comprendía que alzarse contra la República en 1932 era un estúpido disparate. Pero la perfidia y avaricia de*

unos cuantos potentados andaluces, que se veían ya expropiados por la Reforma agraria republicana, lanzó a este impulsivo soldado a la aventura de agosto”

- d. *“Nuestros campesinos, si usted quiere oír la verdad, están de corazón más con el enemigo que con nosotros”*
7. ¿Cuándo se produjo el levantamiento que dio comienzo a la Guerra Civil? ¿Qué generales habrían de intervenir? ¿Cuál era la España medieval y estática y cuál la España moderna y progresista?
 8. ¿Qué fue el Comité de No Intervención? ¿En qué consistió la intervención exterior durante la Guerra Civil Española?
 9. ¿En qué se basó el alzamiento del coronel Casado?
 10. ¿Por qué se dice que la República se mantuvo hasta 1936 o 1939, según quien escriba la historia? Narra brevemente cómo fue la vida civil durante los años de la guerra.

c. ANÁLISIS DEL TERCER TOMO DE SU HISTORIA DE ESPAÑA

Benito J. Martínez Gómez, mayo 2007.

En esta ocasión nos ocupa un breve análisis del tercer tomo de la *Historia de España* del autor zamameño Antonio Ramos Oliveira, dedicado a la Segunda República y a la Guerra Civil. Así pues, nada más comenzar esta parte (la octava en concreto), define a la República como el advenimiento de una libertad que llegó sin el tributo de sangre que la historia suele exigir a las naciones que cambian su forma de gobierno, una vez la monarquía llegaba a su fin. No obstante, y pese a la libertad que supone el nuevo régimen, dedicará las páginas siguientes a describir los errores y fallos del sistema, que evidenciaban la llegada de un conflicto armado al final del periodo, que cada vez se hacía más inevitable.

En cualquier caso, dedica escasas páginas a la figura de D. Niceto Alcalá Zamora, al que define como la *“cabeza de un insignificante grupo oligárquico, el jefe del reducido bando que se pasaba a la República con el designio de gobernarla, de hacer de la República un régimen conservador al viejo estilo”*¹; no así como ocurre con el partido socialista de Indalecio Prieto, al que dedica un apartado mayor al ocuparse de los distintos partidos del régimen, si bien entiende que los socialistas en España tuvieron que renunciar a la implantación del socialismo en la República, pues su historia es la de un rosario de renunciaciones. Por último, dedica un breve apartado a las burguesías y clases políticas de Cataluña, País Vasco y Galicia, o en otras palabras, y como las califica él mismo, de las regiones descontentas, aquellas que pretendieron buscar la autonomía –si no la independencia absoluta en muchas ocasiones, como ocurrió en Cataluña con Maciá y Companys- en cuanto se proclamó la IIª República.

Habíamos apuntado que en repetidas ocasiones Ramos Oliveira volvería a los errores de la República en esta parte de su obra, y así es: en la página 28 podemos leer: *“En la Constitución de 1931 se escribió: “España es una República de trabajadores...” cuando debió decirse –apunta el autor-: “España es una República de fellahs*

¹ Ramos-Oliveira, A. (1952): *Historia de España*. Tomo III, p. 14.

amenazada por la oligarquía agraria”². Y así es, pero no sólo el peligro viene de este lugar, sino también de la incompetencia de los gobernantes, así como de la falta de realidad y lentitud de las Constituyentes. En cuanto a la oligarquía, es cierto que ataca de modo continuado a una República que posee un gobierno al que éstos odian, pues según nuestro autor los caballeros “*abominaban las reformas y preferían la anarquía... En el fuero íntimo de estos grandes propietarios españoles alientan todavía los señores de otra época, turbulentos, anárquicos, hombres de presa*”³. Continuando con esta línea, entiende que la línea reaccionaria de oposición a la República se agrupaba en torno a dos diarios, *El Debate* y el *ABC*, siendo el primero de ellos el órgano autorizado del catolicismo oficial, así como el portavoz de la oligarquía cerealista castellana unida a la Iglesia en la Confederación Nacional Católico-Agraria; el segundo representaba a los grandes propietarios del Mediodía español, pero también a aquellos grandes banqueros, obsequiados por la monarquía con títulos nobiliarios. Ya señalaba nuestro autor, “*Si la República no destruía a la oligarquía antes de que saliera de la confusión y el desconcierto, la oligarquía destruiría a la República*”⁴.

Pero no sólo la amenaza venía de la oligarquía, de la aristocracia, de esos grandes caballeros, sino también del lado anarquista, que habrían de ser más entre los españoles de los que inicialmente así se consideraban, y más aún cuando “*de la sociedad y el Estado, las clases humildes sólo conocían el lado coercitivo; sociedad y Estado carecían, para los pobres, de faceta amable, eran pura violencia antipática*”⁵. Véase la reacción del pueblo en la huelga telefónica de junio de 1931, que no habría de ser tan sólo una acción de la CNT y la FAI, como se ha apuntado, o la represión del Estado en los casos de Castilblanco y Casas Viejas. Pero es cierto que en ocasiones la propia oligarquía era quien controlaba casi todo el movimiento antirrepublicano, de modo que cuanto ella no podía hacer contra la República lo hacían sus clientes.

Otro de los errores para nuestro autor es la figura de D. Manuel Azaña, al que dedica alrededor de treinta páginas, y del que señala: “*Azaña sería un fracasado. Un fracasado, sin vuelta de hoja, en la política. Un fracasado, tal vez, en la literatura, por cuanto es indudable que pudo engendrar, con el talento que rebosaba, una gran obra*”⁶, y hemos de entender que es un fallo a su vez de la República por cuanto en una página antes podemos leer “[Desde] *octubre de 1931, Azaña es la República y la República es Azaña*”, cuando en una ocasión Alcalá Zamora dejó sin gobierno a la República tras el debate sobre el artículo 26 de la Constitución, relacionado con la Iglesia. Azaña mantenía una serie de similitudes con el cordobés Valera, “*el recato, la mesura, el resguardo cuidadoso de la intimidad personal; la pureza de líneas, la claridad, el orden, la apelación perenne al buen sentido, la sencillez, la gracia, más la aversión consiguiente a lo estentóreo y lo desafortado*”⁷. Pero ante todo Azaña gozaba de un gran patriotismo que le llevaba a actuar ante la situación en que se encontraba su país, el deseo de regenerar a España, incitándole el afán de belleza y armonía que quería imponer en su patria, una ambición, tal y como afirma Ramos Oliveira, quizás más propia de un hombre con un alma lírica más que exigencia de un hombre de acción; y es que ante todo Azaña era una persona que en una España “normal” no se habría ocupado de la política, quizás habría escrito una obra definitiva, pero no más. Es un hombre

² Op. Cit., p. 28.

³ Op. Cit., p. 37.

⁴ Op. Cit., p. 12.

⁵ Op. Cit., p. 43.

⁶ Op. Cit., p. 53.

⁷ Ibidem, pp. 56-57. V. Valera en el volumen *La invención del Quijote y otros ensayos*. Madrid, 1934.

tímido, no de acción, es un artista, que entiende el pueblo como “*la materia concreta en que trabajaría un artista*”⁸.

De igual modo, y dentro del amplio apartado que el autor dedica a la figura de Manuel Azaña, entiende que éste, de acuerdo con su idealismo, le llevaba a concebir una República fundada sobre una idea moral común a todos los ciudadanos que aceptaban el régimen y que debían ver en él un instrumento restaurador. Pero Azaña deseaba enderezar la nación sin admitir la primacía de la economía y la estadística, de tal modo que si en lugar de entender la falta de vigor moral de los españoles como uno de los grandes males que corrompen a la patria “*...hubiera atribuido la enfermedad española al desequilibrio de clases, a la inicua distribución de la riqueza (...) se habría espantado de lo que exigía la revolución*”⁹. En cualquier caso, pronto rebrotaría en Azaña el pesimismo, el escepticismo, la idea de que el español es ingobernable; y ante todo cuando cree imposible que las reformas democráticas encuentren cabida en un país en el que estos gobiernos democráticos no suelen durar más de dos años; y cuando él tan sólo podría comprometerse a la reforma de un parlamento del que dice que “*ha podido ser para la República un embarazo, una dificultad, un estorbo en su marcha*”¹⁰. Aún cuando en 1935 Azaña es la esperanza de las muchedumbres republicanas, éste no hizo nada. “*Ocupó la presidencia de la República, y la democracia española se quedó en la calle, acéfala, sin un líder nacional, huérfana de rumbo (...) La voz de Azaña se ha apagado. Mudo, fantástico, irreal, Azaña, detrás de las piedras del Alcázar de los Borbones, es la última garantía de que la República será conservadora, parlamentaria y liberal hasta su muerte*”¹¹. Era pues evidente que si el pueblo había buscado a un gran hombre en la figura de Azaña, un héroe que habría de acabar con los problemas que tenían, en esta ocasión se equivocó, no lo halló, o al menos según Antonio Ramos Oliveira, que parece ser que entiende el gobierno republicano más bien como un fallo que progresivamente iba propiciando la aparición del estallido popular que habría de acabar con la República.

En lo que sigue, el autor de esta obra trata una serie de aspectos temáticos de la IIª República, reformas y aspectos todos ellos fundamentales, a saber: la reforma del ejército, la reforma agraria, la cuestión eclesiástica, así como las reformas en la enseñanza, sanidad, obras públicas, hacienda y banca.

A. Así, se ocupa en primer lugar de la reforma del ejército acometida por Azaña, que pese a no ser considerado como un hombre de acción intenta reducir la oficialidad de un ejército abrumado por ésta, a la vez que pobre en técnicas y medios. Con todo, la ley que permitía el retiro voluntario de los oficiales tan sólo conllevó el que muchos entusiastas de la República situados en el ejército pasasen a estar inactivos, de modo que no se creaba un ejército revolucionario al servicio de la República, sino que se modificaba levemente el anterior ejército monárquico, con la consiguiente amenaza que ello causaba, y que el autor evidencia en algunos ejemplos como en el incidente de Carabanchel o en el peligro de los pronunciamientos. Ocurría que los liberales fracasaron al no crear una clase media, con lo que continuó imperando una desigualdad social, de ahí que el resultado fuese que las instituciones civiles del liberalismo fuesen muy débiles; por su parte, la monarquía absoluta tampoco podía sobrevivir, pues tenía

⁸ Ibid., p. 56. Esta cita pertenece a la conferencia en “El Sitio” de Bilbao, 21 de abril de 1934.

⁹ Ibid., p. 69.

¹⁰ Ibid., pp. 76-77. Discurso en Madrid, 3 de abril de 1934.

¹¹ Op. Cit., p. 78.

en su contra las ideas de la época, el espíritu de rebeldía, la corriente igualitaria, el sentimiento de la soberanía popular. Tal y como apunta Ramos Oliveira: *“He ahí por qué no tiene España instituciones civiles desde el siglo XVIII, o las tiene flojísimas. He ahí por qué el Ejército sojuzga a la sociedad civil. He ahí, en fin, por qué aniquila a la nación una guerra civil secular”*.

Y continúa: *“No es que el Ejército se salga siempre de su órbita por la falta de resistencias al impulso de su propia fuerza; a menudo, en España la sociedad civil misma lo saca expresamente de su función. La oligarquía lo necesita para mantener su sociedad sin Estado, los liberales, para mantener su Estado sin sociedad. Y en última instancia el Ejército es el Estado, cuanto hay en España de Estado.”*¹² Es sintomática la forma de ver el Estado y la actuación de la oligarquía de nuestro autor, a la que siempre menciona con un interés de mantener la sociedad en anarquía. Pero aún así, vuelve a mencionar la equivocación de Azaña en sus medidas: *“Azaña se equivocó, pero no fue él solo. Su política respondía a la imprudente línea media que se trazó en toda la República; y si señalo estos errores, naturalmente no es porque me anime ningún prejuicio hostil hacia el reorganizador del Ejército, sino con el más alto designio de situar las cosas en su lugar. De otra forma no se aprendería nada de la historia.”*¹³

B. De igual modo, y como se señaló anteriormente, dedica un amplio capítulo a las leyes agrarias, dentro del cual llega a entender que *“Anteponer, en orden de densidad y trascendencia, la cuestión clerical al problema del campo, era, pues, un error manifiesto, peligroso en su doble filo, que, como acabará viéndose, causaría la ruina de la República”*¹⁴. Sea como fuere, aparecerían los primeros decretos de una Reforma Agraria que pasaba a depender del capitalismo financiero español, y ante todo del Banco de España, regido por nobleza y banqueros de reciente incorporación a la aristocracia, así que, como continua el autor, *“...En el Consejo del Banco de España se sienta una copiosa e idónea delegación de la grandeza absentista, presidida por la inexpresiva efigie del duque de Alba. Pues bien, a esta nobleza territorial, expropiada en un tres por dos como consecuencia de los sucesos de agosto, confiaba la República, en la práctica, la salvación financiera de la Reforma agraria”*¹⁵. El tono irónico de nuestro autor es inevitable, y es que el problema no habría de pasar por discutir si habría de imponerse un sistema individualista o colectivista, tal y como se hizo, ni en el orden técnico ni en el político recaía el problema, sino que lo necesario era, y volvemos a palabras de Ramos Oliveira, *“una reforma, la que fuera, que privara a la oligarquía de su descomunal poder económico”*¹⁶.

Dejando a un lado la revolución agraria en Cataluña, a la que nuestro autor también le dedica unas escasas páginas, habría que señalar, tal y como hace, que la “contrarrevolución” triunfante en 1933 frenó todo este proceso, si bien cuando en 1936 de nuevo el Frente Popular obtuvo la victoria continuó con una reforma, que si bien en esta ocasión se radicaliza y se torna en una verdadera revolución, ya era excesivamente tarde: Entre marzo de 1936 y mayo de 1937 el Estado intervino 3856020 Ha., si bien las incautaciones fueron en buena parte en zonas ya sometidas al fascismo; entre febrero de

¹² Op. Cit., p. 91.

¹³ Op. Cit., p. 88.

¹⁴ Op. Cit., p. 96.

¹⁵ Op. Cit., p. 101.

¹⁶ Op. Cit., p. 105.

1936 y febrero de 1937 el Instituto facilitó créditos por valor de 72464398,81 pesetas. Pero ya, como se ha dicho, era tarde.

C. Ni que decir tiene que la cuestión religiosa era otro de los temas delicados, de ahí que nuestro autor le dedique un amplio capítulo en el que llega a afirmar: *“Todo se reduce a reconocer que el liberalismo filosófico ha fracasado en España por plantear falsamente la cuestión religiosa y que, por consiguiente, tiene que someter a revisión, cuanto menos, su táctica política”*¹⁷. Es cierto que una buena parte de la población es seguidora de la Iglesia, pero en esta ocasión el autor se centra en la clase media republicana anticlerical, al igual que en la existencia de un proletariado que se enfrenta a la Iglesia y que *“... sigue a los heterodoxos contra una Iglesia aliada a los ricos (...) Porque es la Iglesia lo que ha cambiado”*¹⁸. Con todo, las almas de los religiosos al comienzo de la República sobrepasaban las 80.000, y entre ellos habría algunos que se enfrentarían con ahínco al nuevo régimen, tales como el cardenal Segura, cardenal-arzobispo de Toledo (que habría de ser expulsado de España y posteriormente cesado por el Vaticano en lo que fue considerado como una victoria de la República y de España).

Con todo, la aconfesionalidad del Estado declarada en el artículo 26 de la Constitución supuso la separación de la Iglesia y el Estado, y por lo tanto, los presupuestos que el Estado destinaba a tal institución habrían de cesar, de ahí que la alianza con el siempre temible grupo oligárquico vuelve a aparecer de modo inevitable en la obra de este ilustre zamameño: *“La resolución estriba –se pensaba– en privar a la Iglesia de poder político, y dado este paso con éxito, España sería otra, “el problema más íntimo, más profundo que hay en la vida española –según la clase media liberal– quedaría resuelto”*.¹⁹ Junto a ello habría que señalar la disolución de la Compañía de Jesús, mientras que al resto de órdenes se las sometía a una ley especial, se les prohibía adquirir y comprar otros bienes que apropiados a sus fines, no podrían ejercer la industria, el comercio o la enseñanza, deberían tributar y tendrían que rendir cuentas al Estado sobre la inversión de sus bienes. Pero el mayor problema habría de venir del cese de la enseñanza y su consiguiente secularización (a la que el autor dedica un apartado independiente, al señalar que el Estado se propuso disolver los centros de enseñanza dependientes de la Iglesia y crear otros nuevos, aún cuando ello supusiera un esfuerzo casi insufrible para el nuevo régimen), así como del cese de las manifestaciones religiosas en la vía pública.

Pero la Iglesia era un duro enemigo, de ahí que Ramos Oliveira recoja estas palabras de Azaña: *“Cada vez que repaso los anales del parlamento constituyente y quiero discernir dónde se jugó el porvenir de la política republicana y dónde se atravesó la cuestión capital que ha servido para torcer el rumbo de la política, mi pensamiento y mi memoria van, inexorablemente, a la ley de Congregaciones religiosas, al artículo 26 de la Constitución, a la política laica, a la neutralidad de la escuela, a todo lo que se ha derivado de bienes, de esperanzas y de rigores de justicia del principio asentado en la Constitución de la República, contra lo cual se han desarrollado todas las maniobras visibles e invisibles que han sido capaces de suscitar una reacción contra nosotros para*

¹⁷ Op. Cit., p. 114.

¹⁸ Ibid., p. 119.

¹⁹ Op. Cit., p. 132.

*ver si nos hacía naufragar, y, por último, confesémoslo, nos ha hecho naufragar y hemos naufragado.”*²⁰

De igual modo, y tal y como indicamos anteriormente, el autor dedica un capítulo final a los éxitos de la IIª República en lo que se refiere a la fundación de escuelas, en la política sanitaria y en los enlaces ferroviarios de Madrid con su sierra, así como destaca de igual modo las obras hidráulicas y la cuestión de los riegos de Levante, evidenciándose con tales proyectos exitosos que, *“la República hubiera salvado a España si hubiera acertado primero a salvarse a sí misma”*.²¹ De igual modo, destaca en una serie de apartados aspectos como la situación de la Hacienda, *“cuya gestión republicanosocialista fue respetuosísima con los intereses de las clases adineradas y se dirigió a rectificar excesos, desórdenes e intemperancia administrativos de la dictadura”*²², la imposición del impuesto de la renta en 1932, la ley de ordenación bancaria y la política presupuestaria, todo ello para concluir señalando la solvencia en cuestiones económicas de España: *“La persona menos habituada a pulsar el movimiento económico y financiero español se persuadía en el verano de 1933 de que la República había ganado la batalla por el crédito y la confianza, en España y fuera de España. El volumen de la circulación fiduciaria, la cotización de los fondos públicos, la de la peseta, la liquidación del presupuesto de 1932, la repatriación de los capitales que habían huido al nacer el régimen y la reaparición de las cajas de los Bancos de los hurtados a la circulación, las continuas ofertas de capitales exóticos más o menos aventureros, todo certificaba en el área económica y financiera la solvencia de la nación bajo la República popular, inclusive para sus detractores”*.²³ Eran estos aspectos exitosos del nuevo régimen que nuestro autor destaca, quizás de modo breve, pero contraponiéndolos en ocasiones a políticas desacertadas ya enunciadas anteriormente, concluyendo en más de una ocasión con la necesidad de acabar con la oligarquía y de salvar a la democracia para poder continuar tales medidas.

En cuanto a los aspectos políticos, trata de modo separado y muy ilustrativo los distintos periodos y reacciones: en primer lugar se ocupa del difícil matrimonio entre los republicanos y los socialistas, lo que pasaba por un fracaso, y más cuando los propios republicanos *“...se imaginaban que la salida de los socialistas del gobierno salvaría a la República (...) Había que incorporar a la República a aquellas clases sociales que la combatían (...) en tanto que gobernarán los socialistas, pero que luego que se rompiera la coalición se declararían republicanas”*.²⁴ De igual modo trata a un Lerroux que se pasaría al bando de la contrarrevolución, apoyando a anarquistas, militares monárquicos, terratenientes y católicos, lo que no dejaba de ser extraño en la persona radical y anticlerical de Lerroux-. En cualquier caso, muy pronto *“socialistas y republicanos de izquierda se miraron ya con la amistosa inteligencia, pero también con la melancólica desilusión que debe de privar en los matrimonios estériles. –Escribe Ramos Oliveira- Siguieron en el poder a la espera de que los separara la muerte del gobierno, más piadosa para todos que un divorcio con escándalo”*.²⁵

Ante esta situación, y formando gobierno Martínez Barrio, que habría de dirigir la contienda electoral de 1933, nos encontramos como en tales elecciones de noviembre

²⁰ Op. Cit., p. 147.

²¹ Op. Cit., p. 156.

²² Op. Cit., p. 160.

²³ Op. Cit., p. 167.

²⁴ Op. Cit., p. 173.

²⁵ Op. Cit., p. 181.

aparece una Acción Popular que se convirtió “...en el centro magnético y aglutinante de una masa de pequeños partidos afines, y tal amalgama se llamó Confederación Española de Derechas Autónomas, CEDA. La CEDA fue a su vez el eje de la coalición electoral antirrepublicana, en la que entraron: un pequeño partido agrario, formado por propietarios medianos de Castilla, la Comunión Tradicionalista o carlismo tradicional, Renovación Española, etc. Cedistas y monárquicos comparecían, pues, ante el cuerpo electoral unidos, es decir, la oligarquía constituía otra vez un solo bloque y se adscribía, por causas fáciles de comprender, al extremismo católico. El grito de alarma era que estaban en peligro la propiedad y la religión”.²⁶ Así pues, a partir de este momento el autor contrapone los éxitos anteriores logrados, o al menos que intentó de lograr, durante el primer periodo de gobierno comprendido en el bienio que comprende los años 1931-1933 a lo que define, textualmente, como la “destrucción de la República”, capítulo en el que destaca algunas de las cualidades que según él obedecían a los entonces ministros de Hacienda y Trabajo: “... no podía faltar en el gobierno el señor Marraco, ministro de Hacienda o curandero del Tesoro, la quintaesencia de la tozudez y la ineptitud. Para el ministerio de Trabajo eligió Samper [se refiere al presidente del Consejo de Ministros que sucedió a Lerroux en tal cargo] a un poeta catalán, Estadella. Estadella solía contestar en alejandrinos a las reclamaciones que le dirigían los diputados amigos o conocidos”.²⁷

El gobierno Samper no iría pues en contra de todo lo impuesto por el anterior periodo, sino también contra el proletariado, y aún contra cosas y personas que había respetado la monarquía; e incluso fue contra los partidos catalanes y vascos. Tal es la contrarrevolución a la que Ramos Oliveira dedica algunos capítulos, aunque quizás se observa que en extensión son inferiores a aquellos dedicados al primer bienio republicano. Al mismo tiempo, la oligarquía se negaba a romper el pacto con unos radicales que habrían de realizar un programa político propio de los católico-agrarios. No obstante, “el éxito electoral había ensobrecido de tal modo a la oligarquía, que daba por cierta la muerte de la República en un lapso de meses. Pero si hubiera sido más ecuánime y menos vengativa habría notado que la República no podía morir sin acarrear una catástrofe nacional de singular magnitud. Azaña ya lo había profetizado diciendo “que una monarquía en España es físicamente imposible y que otro ensayo de dictadura no haría más que precipitar un cataclismo social”.²⁸ En efecto, y como lo demostraría la práctica, no se equivocaban.

De cualquier forma, el acceso de las derechas en 1933 al gobierno republicano tendría una visión peyorativa en la obra de Ramos Oliveira, de ahí que entienda esta etapa como desastrosa y trágica, entendiendo que en casi toda España se unieron las distintas tendencias del movimiento obrero en una coalición republicana de resistencia al fascismo. En Asturias, por su parte, la compenetración de socialistas, comunistas y anarcosindicalistas era absoluta; cuestión que no ocurría en Cataluña, en donde por hallarse la CNT más estrechamente controlada por la FAI, este sector popular permanecía al margen de la Alianza Obrera. El Vaticano también terminaba por convencerse de los peligros que entrañaría para la Iglesia una dictadura totalitaria en España. Y es que Gil Robles llegaba a decir: “Necesitamos el poder íntegro, y eso es lo que pedimos. Para realizar este ideal no vamos a detenernos en formas arcaicas. La

²⁶ Op. Cit., p. 185.

²⁷ Op. Cit., p. 190.

²⁸ Op. Cit., p. 199-200. La cita de Azaña pertenece al discurso pronunciado por éste en Madrid el 14 de septiembre de 1931.

democracia no es para nosotros un fin, sino un medio para ir a la conquista del Estado nuevo. Llegado el momento, el parlamento, o se somete, o le haremos desaparecer".²⁹ Las reacciones que la entrada de la CEDA en el nuevo gobierno provocó también se hacen visibles en las intervenciones de distintos políticos, tales como Azaña: *"el hecho monstruoso de entregar el gobierno de la República a sus enemigos es una traición; rompe toda solidaridad con las instituciones actuales del régimen y afirma su decisión de acudir a todos los medios en defensa de la República"*; o Miguel Maura, quien manifestaba que la entrada de la CEDA en el gobierno les expulsaba de la legalidad republicana, señalando que *"desde ahora nuestra esencial incompatibilidad con esta República desfigurada, antesala de una reacción incivil y antidemocrática"*.³⁰

Nuestro autor también se ocupa en menor medida de distintas personalidades que aparecen en este periodo catastrófico de la República, a saber: Jiménez Fernández, que desde su ministerio de Agricultura trató de llevar a cabo reformas dirigidas a crear pequeños propietarios, favorecer a los yunteros de Extremadura y aliviar la situación de otras masas sin tierra, ganándose sin embargo la animadversión del resto del parlamento. También se ocupa de la figura de Gil Robles, quien desde su posición de jefe de la CEDA habría de gobernar a una oligarquía a la que hubo de persuadir de que era posible consumir la contrarrevolución desde la vía constitucional, de lo que fue incapaz: *"Su público, en el secreto de que de lo que se trataba era de abolir la República sigilosamente, le seguía; pero la República, en ese secreto también, no se dejaría abolir, aunque se hubiera dejado reformar. La dificultad insuperable de salir victorioso al frente de una clase social contumaz en labrar su ruina y la de España, responde, quizás, del fracaso de Gil Robles"*.³¹ La oligarquía, por su parte, y junto a Gil Robles, tan sólo contaba con otra figura más, la de Calvo Sotelo, que había vuelto tras cuatro años de exilio, y pasaba a dirigir Renovación Española (a él vuelve a referirse a continuación para señalar su asesinato de la mano de oficiales republicanos ante los continuos atentados de los fascistas). Por último, Ramos Oliveira hace alusión de modo breve en este rosario de personajes que desarrolla durante esta etapa oscura de la República a la Falange y a la persona de José Antonio Primo de Rivera, apuntando que *"los falangistas prometían a España un régimen aconsejado por el resentimiento y dirigido por la peor especie de reaccionario: el señorito voluntarioso, ignorante y cruel"*.³²

En esta situación de deriva, en las elecciones de febrero de 1936 (de las que el autor apunta: *"Si las elecciones de noviembre de 1933 tuvieron efecto en un atmósfera civil, las de febrero de 1936 fueron la guerra civil misma"*³³) parecía abrirse una esperanza de nuevo para los seguidores del régimen, si bien pronto se evidenciaría que el terrorismo fascista –tal y como lo señala el autor– sería constante, acabando con la tranquilidad de un régimen que prácticamente, y según se puede deducir por las ideas que este onubense vierte en su obra, acabó en 1933, con la llegada de las derechas al poder. *"El horizonte de la República –escribe Ramos Oliveira– se perdía ya tras las nubes que anunciaban el desconcierto nacional, los generales, sin graves contratiempos, ultimaban los preparativos del ataque, que las masas populares, con mejor instinto que el gobierno, esperaban de un día para otro. Desde febrero vivía la*

²⁹ Op. Cit., p. 215-216. Referencia de *El Debate* del 16 de octubre de 1933.

³⁰ Op. Cit., p. 204.

³¹ Op. Cit., p. 224.

³² Op. Cit., p. 231.

³³ Op. Cit., p. 241.

*democracia en continua zozobra, amenazada por el irrevocable peligro del golpe de Estado militar, y los nervios agotados llegaban ya a preferir la guerra civil organizada y en grande a la constante sangría de los choques parciales y las agresiones aisladas. Si el partido de la aristocracia tenía por ideal ver a España desgarrada en la guerra civil antes que sosegada bajo la República, no cabe duda que, al cabo, estaba camino del triunfo absoluto”.*³⁴

Sea como fuere, en el complot de julio de 1936 tuvo una parte activa la aristocracia, aquella que *“había ganado en riqueza sin haber mejorado de condición moral e intelectual; y nada testimoniaba más palmariamente el fracaso de la revolución liberal en España que los inmensos bienes territoriales de este centenar o centenar y medio de familias linajudas, su presencia en el Consejo del Banco de España y su predominio en la representación de España en el exterior”*³⁵, y más aún cuando según nos cuenta nuestro autor, *“la política de esta clase social se dirigió desde que nació la República a organizar la guerra civil. En el amor a la violencia acompañaba a la aristocracia el carlismo o tradicionalismo, siempre dispuesto a hacer la guerra a su país en nombre de la religión. (...) Movía a los insurgentes un resorte demoníaco que les inducía a preferir una España en escombros a la consolidación del régimen democrático”*.³⁶ Evidentemente, una vez más se atestigua que para Ramos Oliveira la República contó con dos enemigos: en primer lugar con la ineficacia de sus gobiernos, pero de igual modo con la reticencia y maldad continua de la oligarquía, que se oponía frontalmente al nuevo régimen. Tal oposición habría de irse fraguando a lo largo de todo el periodo, de ahí que en 1932 aparezca ya el levantamiento del general Sanjurjo en Sevilla, del que nos cuenta que *“no tenía madera de traidor, y aunque persona de poca reflexión, comprendía que alzarse contra la República en 1932 era un estúpido disparate. Pero la perfidia y avaricia de unos cuantos potentados andaluces, que se veían ya expropiados por la Reforma agraria republicana, lanzó a este impulsivo soldado a la aventura de agosto –y vuelve a señalar:- Sanjurjo fue sacrificado a la soberbia e ignorancia de una clase que abominaba la justicia social y que suponía que su disgusto y su temor lo compartían todos los españoles”*.³⁷

No obstante, todo parecía que era cuestión de tiempo, y así lo señala el autor en su obra, en el capítulo titulado “El complot”, en donde trata la organización del levantamiento del 18 de julio de 1936 desde que comenzó la IIª República prácticamente. Así pues, en 1936 estaba decidido que Franco pasaría a África, en donde se sublevaría al frente del ejército de Marruecos; Mola se alzaría en Navarra; el general González de Lara, en Burgos; Rodríguez Carrasco, en Cataluña; Varela y Orgaz, en Madrid. Tras sucesivos aplazamientos, parece que todo estaba previsto para el mes de julio, precipitándose todo aún más por el asesinato de Calvo Sotelo, que hacía imposible contener ya el estallido que habría de llevarse a cabo, según se planeó inicialmente, el 20 de abril. *“La insurrección comenzaría en Marruecos. Queipo de Llano pasaría a Andalucía; Cabanellas operaría en Zaragoza; Saliquet, en Valladolid; González Carrasco, en Valencia; Goded, en Cataluña, por haber permutado con el último;*

³⁴ Op. Cit., p. 249.

³⁵ Op. Cit., p. 253-254.

³⁶ Op. Cit., p. 255.

³⁷ Op. Cit., p. 259.

Banjul, en Madrid, por renuncia de Villegas; Mola en Navarra y Burgos, y Franco, en África".³⁸

Pese a que los primeros movimientos en la península fueron contrarios para los insurgentes, como se observa en la resistencia que encontraron en Madrid y su sierra, así como en Barcelona, nos cuenta el autor de la República: "*La ausencia de firmeza, la fácil inmolación de los principios, el huir de la realidad nacional: estos fallos de los partidos democráticos trajeron a la República al presente precipicio, –nos vuelve a señalar en esta ocasión Ramos Oliveira, quien de modo continuo señala los diversos errores del sistema democrático impuesto en la España en 1931, y que por ello habrían de ocasionarle su perdición- y ahora iban a desdeñarla con el mismo funesto sentido del deber, ofreciendo a los insurgentes la participación en el gobierno y a Mola el ministerio de la Guerra. Se daba al espectador motivo para pensar si no habría más honor y más lealtad a los principios, siquiera hubiese menos justicia y menos patriotismo, en el otro lado*".³⁹ Frente al gobierno, el pueblo español fue quien salvó, en esta ocasión, a la República, todo ello a base de "*fuerza de sacrificio y heroísmo (...). Sin duda, en el otro lado también había héroes y patriotas, pero las oligarquías que los dirigían tenían probada su perversidad y las ideas que impulsaban aquel movimiento eran, a la luz de la razón, perniciosas. El pueblo luchaba por el pan y la escuela y por la libertad, incluso para sus enemigos; pero ante todo por su vida, dado que los insurgentes perseguían su exterminio. Los generales y los aristócratas peleaban por perpetuar el hambre y la ignorancia, por la subordinación de la sociedad civil a la fuerza bruta, al Ejército; por el libertinaje para los poderosos y la esclavitud para los débiles; la República nunca amenazó su existencia física como ellos amenazaban la del pueblo*".⁴⁰ En esta misma línea, es interesante comprobar como contraponen las dos Españas existentes para él, la medieval y estática y la moderna y progresista, situando la primera de ellas en la zona sublevada y la otra en el área controlada por el gobierno republicano: "*...la España civilmente aniquilada, medieval, estática, misoneísta, sin comercio con Europa: la de Galicia, Burgos, Salamanca, Pamplona, Sevilla, Cádiz, etc., y la España moderna, ganosa de progresar, dinámica, filoneísta, abierta a la corriente del espíritu europeo: la de Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao*".⁴¹

De cualquier modo, pronto se observó la intervención exterior en la contienda, tal y como trata el autor, quien viene a señalar que de no ser por ella difícilmente el bando insurgente habría obtenido la victoria: desde un primer momento contaron con el apoyo técnico y militar de Italia y Alemania, pero a su vez con el beneplácito del vecino Portugal, en donde el régimen dictatorial de Oliveira Salazar permitía continuamente las incursiones de las tropas sublevadas en busca de republicanos que habían de ajusticiar, por donde llegaban las armas y el combustible a los insurgentes, y en definitiva, tanto es así, que pese a la participación de Portugal en el Comité de No Intervención, Ramos Oliveira nos cuenta: "*Lisboa era ya el cuartel general de los rebeldes en territorio extraño, y Portugal ofrecía el raro espectáculo de una región peninsular más sublevada contra la República española. Para los facciosos se había borrado la frontera entre las dos naciones hermanas, y para los republicanos, cruzar esta raya acarrearba tantos peligros como internarse en territorio enemigo*".⁴² También contó la República con el

³⁸ Op. Cit., p. 274.

³⁹ Op. Cit., p. 277.

⁴⁰ Op. Cit., p. 287.

⁴¹ Op. Cit., p. 290.

⁴² Op. Cit., p. 294.

apoyo de Rusia, si bien existía una enorme diferencia entre ambas ayudas, tal y como nos cuenta nuestro autor: “*Para Hitler y Mussolini, la guerra de España era su guerra; para Stalin, no. Los rusos realizaban un esfuerzo con un límite, un límite condicionado por la distancia, las posibilidades del transporte y los intereses permanentes y circunstanciales de la política soviética*”. Y continúa: “*Rusia quería poco de España; Alemania e Italia iban a por todo. Rusia estaba sola; Alemania e Italia contaban con la complicidad de las grandes democracias capitalistas. Los estados fascistas intervenían con un interés imperialista agresivo; el Estado ruso cumplía un deber inexcusable y defensivo*”.⁴³

Continúa Ramos Oliveira haciendo referencia a los gobiernos de Largo Caballero y Negrín, el primero de ellos de vital importancia desde su punto de vista, al reorganizar la dirección de la guerra y la política, que pasaba ahora a estar bajo el gobierno, en lugar de en poder de las masas, los partidos y los comités. Pero vuelve a ocuparse de este aspecto páginas más adelante, en donde señala: “*El partido socialista (...) se hallaba sobremodo despotenciado por las disidencias personales y de principios. Sus tres o cuatro cabezas directoras interpretaban la situación general y aún los incidentes de cada día a luces muy distintas y a veces irreconciliables*”; pero continúa analizando la deplorable situación del resto de partidos, del que tan sólo destacaba el comunista: “*Los partidos republicanos, privados de Azaña y Martínez Barrio (...) se movían torpemente, acéfalos y sobreexcedidos por el dinamismo de las circunstancias. Además, numéricamente carecían de poder, y para mayor quebranto se hallaban embargados también por conflictos de opiniones en punto a extremos fundamentales de la revolución y la guerra*”. Como hemos señalado, tan sólo destacaba en esta lamentable situación el partido comunista, que “*por virtud de su infrangible unidad, su ardor combativo, su unánime y resuelta disposición a no capitular (...), la organización comunista era un partido de guerra en dimensión superior a los demás de la República*”.⁴⁴ Frente a ellos, también dedica un apartado especial a los “*copperheads*”, nombre atribuido en la guerra civil norteamericana en alusión a la serpiente más venenosa de los Estados Unidos, y nombre con el que el autor bautiza a aquel grupo, cada vez más numeroso, que conformaban aquellos que pretendían capitular con los insurgentes; imagen opuesta a lo que pensaba Negrín: “*la República, en el peor de los casos, no tenía otra opción que resistir y caer luchando*”.⁴⁵

De cualquier forma, y dejando a un lado el heroísmo con el que describe el enfrentamiento de los republicanos con los “*facciosos*” en el frente aragonés, en Teruel, o en Barcelona, Ramos Oliveira se centra con especial interés y preocupación en el problema separatista de Cataluña y el País Vasco. Para referirnos al primer caso, vamos a utilizar unas palabras de quien más había luchado por la autonomía de Cataluña, Azaña, quien puntualizaba: “*El gobierno de Cataluña, por su debilidad y por los fines secundarios que favorece al amparo de la guerra, es la más poderosa rémora de nuestra acción militar. La Generalidad funciona insurreccionada contra el gobierno. Mientras dicen privadamente que las cuestiones catalanistas han pasado a segundo término, que ahora nadie piensa en extremar el catalanismo, la Generalidad asalta servicios y secuestra funciones del Estado, encaminándose a una separación de hecho. Legisla en lo que no le compete, administra lo que no le pertenece*”.⁴⁶ Para el segundo

⁴³ Op. Cit., pp. 308-309.

⁴⁴ Op. Cit., p. 324.

⁴⁵ Op. Cit., p. 327.

⁴⁶ Op. Cit., p. 338.

de los casos, utilizaremos en primer lugar las palabras del jefe del Estado Mayor vasco, coronel Montaud, quien decía: “*Nuestros campesinos, si usted quiere oír la verdad, están de corazón más con el enemigo que con nosotros*”⁴⁷, así como la afirmación de Steer en su obra *The Tree of Gernika*, y que Ramos Oliveira utiliza en su obra: “*Porque antes de rendirse, los vascos se habían declarado libres de ambas Españas*”⁴⁸, de ahí que persiguiesen de modo independiente una paz, la paz de Santoña, negociada con los italianos, y que en ocasiones las tropas vascas se negasen a combatir más allá de sus fronteras, al entender que no era su guerra: “*No estaban dispuestos a dejarse matar por Santander. Ya se habían apartado demasiado de su propio país; no se moverían de donde estaban, en la frontera de Vizcaya*”.⁴⁹ Pero asimismo, la ofensiva también se centraría en Cataluña, que caería frente al ejército insurgente, apoyado por italianos y alemanes, de ahí que el éxodo hacia la frontera francesa fuese algo característico, desarrollándose la dramática imagen de los campos de concentración, a los que el autor se refiere con esta cita: “*En las arenas de Argelés, Saint-Ciprien y Prat de Mollo dejaron tirados al profesor, al militar, al médico, al artista, al obrero, al poeta, al héroe, a la flor del espíritu y el pensamiento liberal de España (...), muchos por poco tiempo, porque Caronte llenaba todos los días su barca*”.⁵⁰

Pese a todo, el pueblo español continuaba fiel a la República, como apunta Ramos Oliveira en resistencias tan épicas como la de Menorca, en donde se recurrió a un *cuasi* secuestro del almirante Ubieta, jefe de la base republicana del lugar, para conseguir su rendición. Nuestro autor lo describe de modo continuo, refiriéndose a que la “*proeza de los republicanos españoles constituía la esperanza de los generosos y los inteligentes*”. Y continúa: “*Pero esa misma gesta era continuo reproche y estorbo enojoso para los egoístas y una pesadilla para los reaccionarios. Los egoístas y los cínicos antes que admirar la espléndida resistencia republicana la deploraban. Temían que si no se sofocaba pronto la hoguera española continuaría por extenderse a toda Europa y los abrasaría a ellos. Les urgía, pues, la destrucción de la República española en beneficio –pensaban– de la paz*”.⁵¹ En efecto, pronto se observaría la reticencia de Francia y Gran Bretaña a tomar parte de la contienda, o al menos a apoyar a un gobierno democrático como era el de la República, ante la sublevación militar del 18 de julio. Pensaban que de producirse tal intervención la guerra se convertiría en una nueva contienda mundial, que les enfrentaría a las potencias fascistas –para quienes, según afirman reconocidos historiadores–, la Guerra Civil española fue un ensayo de la Segunda Guerra Mundial.

Pero ante tal situación, incluso desde el mismo gobierno de Negrín se comenzó a buscar una paz con condiciones, pero estos enemigos de la resistencia, entre los que incluso habría que integrar al propio gobierno republicano tal vez, una vez se vieron frustradas sus negociaciones de paz, seguidores de acabar la guerra como fuese, eran cada vez más numerosos: “*Diversos sentimientos les movían a desear la rendición de la República. Unos, de buena fe, esperaban justicia del injusto, cosa de locos (...). Otros estaban seguros de obtener un puesto honroso en la historia si negociaban la paz con*

⁴⁷ Op. Cit., p. 340.

⁴⁸ Op. Cit., p. 344.

⁴⁹ Op. Cit., p. 342, aunque en realidad esta cita la toma Ramos Oliveira de la obra de G.L. Steer *The Tree of Gernika*, p. 380, al referirse a la negación de las tropas al mando del general republicano Gamir Ulibarri a cubrir posiciones en la línea de Santander, una vez que el enemigo dirigió una de sus columnas contra las comunicaciones de Santander con Asturias por objetivo, con propósito de cortarlas en Torrelavega.

⁵⁰ Ibidem, p. 359.

⁵¹ Ibidem, p. 351-352.

*éxito. Otros, los traidores, se lanzaban al fin sobre su presa, tras dos años y medio sin haber podido destruir la infragible moral de las masas madrileñas. Había también los republicanos que desde el primer día del conflicto hubiesen entregado, si hubieran podido, la República, simplemente porque preferían la dictadura fascista a una República genuinamente popular. Contábanse, por último, esas almas ruines que favorecerían la victoria de Franco, o no harían por impedirlo, para holgarse con el fracaso del gobierno republicano propio, al que querían ver aniquilado y sin gloria”.*⁵²

Es en este contexto en el que se produce la aparición de Besteiro, que desde antes de comenzar la guerra civil propugnaba la capitulación, así como del coronel Casado, de quien leemos en su obra: *“El doctor Negrín había perdido la esperanza de iniciar negociaciones de paz, y en vez de dar paso a un gobierno que estuviera en condiciones de discutir el asunto con el enemigo, se hallaba decidido, o forzado, a insistir en su lema de resistencia a todo coste”.*⁵³ Es en este momento en el que se produce una subrebelión dentro del territorio republicano, cuando se alza al poder el Consejo Nacional de Defensa, al mando del coronel Casado, quien usurpa del poder a Negrín y trata de establecer negociaciones con la junta de Burgos, o en otras palabras, con Franco, a quien creía poder convencer a la hora de capitular. Para ello, antes había que oponerse al abundante sector comunista existente en el territorio republicano, porque de otro modo, pensaban, los *facciosos* no querrían mantener conversaciones con el Consejo, tal y como escribe Ramos Oliveira: *“La junta trataría de eliminar el influjo comunista, no sólo, naturalmente, porque los comunistas preconizaban la resistencia y afirmaban que los republicanos no podían fiarse de las palabras de Franco, sino también porque, (...) privaba la ilusión de que suprimiendo todo rastro de comunismo, los fascistas verían en los negociadores republicanos personas respetables con las que podrían entenderse”.*⁵⁴ Bien es cierto que para iniciar tales capitulaciones se pretendía aún dar una imagen de fuerza a los insurgentes, cosa que ya era prácticamente imposible tras el enfrentamiento, aunque mínimo, pero evidente, sucedido en marzo de 1939 con la llegada de tal Consejo. Pero pronto se observaría que se equivocaban si pensaban que existía alguna mínima posibilidad de negociar con los insurgentes, quienes tan sólo aceptaban la rendición sin condiciones. Así lo expresa el coronel Casado: *“Las declaraciones hechas por los representantes del enemigo y un estudio de las concesiones que ofrecía el generalísimo me hacían dudar de que hubiera posibilidad de negociar”.*⁵⁵

Ahora, una vez caído definitivamente el gobierno democrático español, tan sólo quedaba lugar para la desbandada de las tropas y para el exterminio del enemigo, tal y como nos narra Rodríguez Vega, secretario de UGT en su regreso a Madrid: *“La entrada en Madrid nos dio una idea de cuál iba a ser el panorama de espanto, de dolor y de tragedia que habríamos de presenciar o vivir por espacio de unos años: apaleamiento de compañeros, palizas propinadas sin respetar sexo ni edad, lo mismo a un anciano que a una mujer; tormentos refinados que en el tiempo que yo estuve en*

⁵² Op. Cit., p. 370.

⁵³ Op.Cit., p. 373, aunque en realidad este fragmento lo extrae Ramos Oliveira de la obra del coronel Casado *The Last Days of Madrid*, Londres, Peter Davies, 1939, p. 119.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 387.

⁵⁵ Casado, p. 214.

aquella comisaría –se refiere a la comisaría de la calle de Almagro, en Madrid- dieron lugar a tres suicidios (...).⁵⁶

Aquí concluye la obra de *Historia de España* de Antonio Ramos Oliveira, en el trágico desenlace para la democracia española y en la siempre triste historia que acarrea la represión tras una guerra y la imposición de una dictadura, sustituyendo a un régimen republicano que tan sólo se mantuvo en vigor por espacio de cortos años, de 1931 a 1939 (aunque este año de finalización podría adelantarse a 1936 dependiendo de quien escriba la historia). Una República marcada por las ansias de una oligarquía siempre enfrentada a ella, que desde un comienzo buscó la lucha y confrontación, pero quizás también, por la falta de carácter político de algunos de sus más distinguidas personalidades en la tribuna parlamentaria, que desarrollaron medidas en ocasiones utópicas (a veces, por planearlas a largo plazo, que requerían de la persistencia del régimen durante una serie de décadas, lo que estaba aún por confirmar; en otras ocasiones, por creer que los terratenientes, oligarcas y demás miembros de la elite aceptarían de buena fe tales medidas, como por ejemplo, véase la Reforma agraria). Pero vamos a terminar esta reseña con las palabras de Ramos Oliveira en la página 27 de este tomo de su historia, en donde se refiere a los políticos del momento: “*Los cuadros de mando, no sólo de la democracia, sino de toda la política española, eran sin duda inferiores a los de principios de siglo; y aunque el pueblo era a todas luces superior, esta ventaja no compensaría aquel defecto. La oligarquía no tenía un Canovas, ni siquiera un Maura o un Silvela. La clase media no podía presentar un pensador u hombre de acción comparable con Joaquín Costa. El proletariado había perdido a Pablo Iglesias y el hueco no lo llenaría nadie. Tampoco se descubriría en el anarquismo más o menos libertario quien pudiera levantarse a la altura de Pi y Margall, ni siquiera una cabeza que llegara a las rodillas de aquel diminuto grande hombre, de quien se dijo que era tan corto como su apellido. Y si los hombres eran más pequeños, los problemas habían crecido y se habían complicado*”.⁵⁷

De igual modo, nuestro autor presenta en las últimas páginas de esta tercera parte de su *Historia de España* un apéndice en el que reproduce la Constitución de la IIª República promulgada el 9 de diciembre de 1931, el Estatuto de Cataluña (según la ley de 15 de septiembre de 1932) y el Estatuto del País Vasco (según la ley de 1 de octubre de 1936). También dedica unas páginas a tratar la evolución del vecino país de Portugal, centrándose en su transición a la dictadura y en cómo ayudó Salazar a la instauración, de un modo u otro, del régimen franquista en España.⁵⁸

⁵⁶ Ramos Oliveira, pp. 404-405. Extraído de Rodríguez Vega, conferencia en México de 10 de marzo de 1943.

⁵⁷ Ibidem, p. 27.

⁵⁸ Ramos Oliveira dedica a este apartado las páginas 407-494 de su obra.